

## CRÓNICA POR DON ARNULFO PADILLA SANDOVAL



Yo Arnulfo Padilla Sandoval, nací a las dos de la mañana del día 15 (quince) de agosto de 1897 (mil ochocientos noventa y siete) en la casa que está marcada con el número 127 de la calle Martínez Jáuregui y que en aquellas fechas de don Severo Avelar dueño también a la vez de la que ahora es de J. Jesús Lozano y está marcada con el número 5 de la calle Madero frente a la plaza principal; este señor Severo fue padre del Señor Cura Juan Avelar, párroco que fue de la parroquia de Tala, Jalisco, quien por los años de la revolución cristera estuvo escondido en la ciudad de Guadalajara de este Estado, siendo dicho sacerdote quien me casó en dicha ciudad el día 17 de mayo de 1928. El mismo día de mi nacimiento fui bautizado según consta en la copia del acta de bautismo agregada en estas hojas. Mi nacimiento, mi niñez, y mi juventud, en parte esta última la pasé en la más extremada pobreza, pues mi padre, que de Dios gocé, un humilde zapatero ya la vez un empedernido borracho, no alcanzaba a darnos lo suficiente para vivir, ni en alimentos mucho menos en vestirnos, siendo las golosinas una cosa casi desconocida para nosotros. Contigua a nuestra casa habitación, al lado sur, vivía J. Jesús Valdivia “Tapones” viudo de María Guzmán, viviendo juntos con él sus hijos Victoria, Enrique y Tomasa; para el lado norte seguía la casa de Gregorio Beltrán, siguiendo luego la de J. Santos González “Pidurria”; en seguida vivía Pedro González “El Pato” casado con Andrea y teniendo a José Ramírez como hijo de Andrea y a Ma. Guadalupe hija del matrimonio. A Gregorio Beltrán le decían “El Pitacoche” y tenía tres o cuatro hijas. De la casa de Pedro seguía la de don Luciano Guerrero casado con doña Cenobia Ibarra con dos hijos varones Juan y J. Espiridión y varias hijas. Seguía la casa de Julio Aguirre de oficio

parejero, siguiendo para terminar la manzana, la casa de María García “La Malinche” de ocupación menudera teniendo una hija y un hijo (de nombre) Felipe “La Muñeca” que juntaba muchos huesos del menudo y que les nombrábamos “mulatos” y que con mucha frecuencia íbamos a jugar que dizque a los soldados o a las guerras formando los huesos en filas de un lado y otro y tirando rodando una naranja hasta lograr cual fila caía primero y por lo mismo era la que perdía; frente a nuestra casa hacia cerrada una calle y por lo mismo en la esquina al sur vivía Pio González “El Puerco” quien tenía una Pequeña cantina; seguía una casa en ruinas y luego la que habitaba Calixta, hija de don Nicolás “Buñiga” teniendo dos hijos, Manuel y Mariana; seguía la casa de Felipe “El Jerezano”, luego la casa donde vivan Plutarco “El Canizo”, su esposa y una hermana de él de nombre Cipriana, siguiendo luego un corral de Fernando Iñiguez para luego llegara a la de Sabino González viudo con sus hijos Severo, José y Julia; seguía la casa de mi abuelo materno J. Refugio Sandoval, luego una casa medio caída para llegar a la última de la manzana y en cuya casa vivía doña Micaela, suegra de Francisco Sepúlveda conocido como “Pancho el de la Huerta” porque en esas fechas se encargaba de la huerta del señor Cura don Manuel González. De frente a nuestra casa para el lado norte vivían doña Zeferina, madre de Nicolasa “La Torera”, siguiendo luego la de doña Dolores viuda con sus hijas Ramona y Lucía; seguía la de don Irineo “El Santero” que pintaba cuadros de santos y reparaba imágenes de bulto hechas de madera. Seguía en la esquina la casa de Victoriana Saldaña madre de José Velasco que le decíamos “El Ciego” porque tenía un ojo poco torcido, siendo este, hijo natural, de un señor Gil Velasco. Pasada esa esquina seguía la casa de Cuca Lomelí que vivía con sus hijos Pablo y Gerónimo; seguía la casa de Magdaleno Pérez, viudo y que con él su hijo Lino y su hermana (de Magdaleno) Catarina; seguía para finalizar la cuadra la casa donde vivía Chana con sus hijos Ma. Nieves, José y Chón “El Joto” apodo que le daban por sus modales afeminados; esta casa se hallaba precisamente frente a la de María “la Malinche”. Varios de los muchachos que menciono eran de mi camada y por lo mismo nuestras diversiones era jugar a la pelota, bola que hacíamos de garras poniéndole en el centro un pedazo de hule llamado “geta” y que forrábamos con trapo resistente o cuero de gamuza reuniéndose también nuestros vecinos José de Galdino, J. Félix y Juan Jiménez hijos de don Florentino; también forrábamos las pelotas con mezclilla de la cual parece que principiaba a usarse en pantalones, prenda que muy pocos hombres usaban, ya que la mayoría usaba solo calzón de manta, camisa del mismo género, un ceñidor que era a manera de rebozo angosto, sombrero de sotol con copa muy alta y calzaban huarache de correas. Con la pelota y unos palos a manera de bates jugábamos a las avanzadas, juego que también hacíamos con pezones de las calabazas; también había juego de trompo que también con pezones se jugaban avanzadas; se jugaba también con colorines, con patólas, así como también volar papalotes naturalmente en tiempo de cuaresma cuando los vientos eran fuertes y ayudaban a levantar al aire dichos papalotes que hacíamos de papel y armazones de popotes de escoba.

En el mes de abril del año de 1904 hubo aquí unas misiones católicas muy concurridas y afamadas en la religión pues gran número de gente concurrió, siendo misionero el padre Pascual Díaz Barreto que después de muchos años fue arzobispo de la ciudad de México. Las calles concurridísimas a todas horas del día y parte de la noche, pues contaban que mucha gente dormía en las calles, algunas gentes en casas particulares donde les daban posada y también cerca del río había unas pequeñas carpas que servían de habitación y a la vez sus moradores se dedicaban a forjar crucecitas de varas de jaral y venderlas a los asistentes que en grande numero venían de pueblos vecinos o retirados y que llevaban dichas cruces en

calidad de recuerdo de las misiones. Con motivo de dicho acontecimiento vino un panadero que se hospedó en la casa de Pedro “El Pato” y por lo mismo cerca de nuestra casa; dicho señor vino de Jaconá pueblo del Estado de Michoacán y cuyo producto era muy afamado por su buena elaboración y por lo tanto dicho señor no se daba abasto a elaborar el pan que se vendía. La señora esposa del panadero, como vecina amistó con mi madre y alguna vez le regaló una o dos piezas de pan que nosotros comimos con un hambre devoradora y con un apetito incomparable. Tratándose de apetitos o golosinas, a diario entre tres y cuatro de la tarde salía o bajaba por la calle que hoy se llama de Felipe Ángeles, don Tacho el charrasquero con una batea plana llena de charrascas de dulce, gritando o pregonado su mercancía; unas charrascas muy grandotas, las cuales algunas veces saboreábamos, eso cuando mi madre tenía un centavo para repartirnos un pedazo de dicho dulce a nosotros tres, pues mi hermana Melchor no había nacido; dicho dulce nos sabía muy rico supuesto que de todo teníamos deseos; pasaban también vendiendo morelianas especie de buñuelos pero cocidas en horno como el pan; también alguna vez las llegamos a saborear. No recuerdo fechas, pero puede haber sido en dicho año de 1904 cuando mi abuelo materno Refugio quedó viudo al morir mi abuela Ma. Cruz Mercado, y por lo mismo nos fuimos a vivir a la casa que él habitaba; como coincidencia, Jesús Valdivia se fue a vivir a la casa contigua al lado y que ya describí como semicaída, así que volvimos a ser vecinos. En el mes de enero de 1905 o sea el 4 nació mi hermana Melchor. De esta casa mi madre me despachaba a la tienda de don Pedro González padre de “El Pato” y cuya tienda estaba en la esquina de abajo por la acera del frente, a comprar un centavo de petróleo llevando yo una botella de vidrio desgolletada pues en esos tiempos muy pocas botellas se veían.

En el año de 1904 dio principio mi instrucción asistiendo a la escuela de doña Zenaida a aprender el Silabario de San Agustín y tal vez en ese mismo año estuve en la Escuela Oficial que estaba anexa a la Presidencia Municipal con entrada por la hoy calle López Cotilla y cuya escuela constaba solo de dos salones en ángulo sin ningunas divisiones y estando en el vértice la plataforma del maestro siendo atendida por los señores Pedro Lomelí y Juan Gómez “El Loco”. En el año de 1905, ignorando las causas, la escuela del mismo Gobierno estuvo en la casa ahora marcada con el número 102 de la calle Morelos y cuya finca en ese tiempo la identificaban como El Montepío porque según contaban, en dicho domicilio o finca estuvo dicha Institución o casa de empeños; allí los maestro fueron don Marcos Salazar y don Juan que ya mencioné; de allí íbamos al recreo a una casa casi arruinada del lado del frente y que ahora está marcada con el número 136 que le pusieron por error, pues le corresponde el número 139. Por último, estuve también en la escuela Parroquial por la calle Aldama y ahora contigua a la Escuela de Niñas y en cuya escuela el maestro fue don Pedro Lomelí.

### **Nuestra ida a Teocaltiche**

Mi madre, casada en segundas nupcias con mi padre, tenía un hijo llamado Julio según consta en la copia del acta que transcribo a continuación: “El día 12 de abril del año de 1881, yo el Pbro. Serapio Leal bauticé a Julio que nació hoy a la una de la mañana, hijo legítimo de Bernardo Sepúlveda y de Antonia Sandoval. –Abuelos paternos Juan Sepúlveda y Ma. Pragedis Rodríguez, y maternos J. Refugio Sandoval y Ma. Cruz Mercado. – Estos dos últimos fueron los padrinos”. Nuestro mencionado medio hermano tal vez queriendo ayudar a su madre, instó a que nos fuéramos a vivir a Teocaltiche, distante de aquí unas diez o doce

leguas, siendo el 10 de febrero de 1906 cuando nos fuimos a dicho lugar en donde Julio tenía un pequeño taller de hacer ropa de hombre; también era el director de la banda de música y también tenía un pequeño conjunto de músicos pudiéramos decir de cuerda y que en ese tiempo denominaban “típica” sin recordar si eran cuatro, cinco o seis músicos y con cuyo conjunto amenizaba distintos actos alegres como bailes, paseos al campo que en esas fechas eran muy acostumbrados en dicha ciudad; mañanitas, nochecitas, gallos para borrachos y cualquier otra diversión en que solicitaran sus servicios; también por esa época era costumbre que muchas señoritas, de hecho las de la alta sociedad supieran tocar mandolina, guitarra, violín y por lo mismo deberían saber solfeo, por lo que Julio se dedicaba a diario por las tardes impartir clases de solfeo y música en los domicilios en donde eran solicitados sus servicios, siendo por este motivo una persona muy apreciada y siempre ocupada en distintas labores; los paseos al campo eran muy frecuentes y también por lo mismo seguido andaba tocando en dichos paseos al campo o a las huertas frutales. Por lo que dejo anotado, se ve que mi medio hermano no era cualquier menguado, su puesto que tanto en la típica como en la banda tocaba cualquier instrumento de metal o de cuerda, siendo el instrumento favorito la flauta. Por esos años había en dicha ciudad una orquesta muy afamada dirigida por el renombrado maestro don Maximino Mejía de quien se contaba era muy buen músico pero que para esas fechas cuando lo conocí estaba en vías de perder la vista la que a últimas fechas la perdió en definitiva siendo su hijo don Luis Mejía quien se encargaba de conducir a su padre ya ciego a que dirigiera las audiciones musicales que daba en la plaza principal. –No recuerdo o no supe la categoría Municipal de la ciudad, tal vez se le haya nombrado Jefatura Política supuesto que al gobernante lo titulaban Jefe Político y era un Teniente Coronel del Ejército y se llamaba Juan Solares.

Ahora mencionaré con algunos detalles las casas en que vivimos durante nuestra permanencia en Teocaltiche. –La primera casa que habitamos y que era donde vivía Julio, estaba situada en la esquina de un caserón que nombraban La Jabonera y estaba en la salida de Aguascalientes; ambas fincas eran propiedad del señor J. Longinos González en ese tiempo también dueño de la gran tienda “Las Fábricas de Francia” ubicadas al costado norte de la plaza de armas. Dicha casa hacía esquina con el camino para Aguascalientes y era la última y atrás de ella pasaba el arroyo de La Mina que atraviesa la ciudad de su mayor parte hasta desembocar en la Alameda; teníamos como vecinos muchachos a Eugenio “la Chirina”, Juan “Cabezón”, José Soto “Menor” según se hacía llamar él mismo y Juan Moran hijo de don Espiridión. En personas mayores estaban dicho señor Moran, don Rómulo que vivía en la Jabonera, don Guillermo Soto Mayor padre de José que como digo se hacía llamar Menor, el medio Abogado o guizachero don Lázaro Soria, don Pablo y don Julián Ramírez hermanos que en esas fechas eran los dueños de los carretones que hacían el servicio de transporte de mercancías de Encarnación de Díaz a Teocaltiche; bastantes carretones que casi a diario andaban viajando ya que la ciudad estaba en un apogeo comercial muy crecido pues allí se surtían muchos pueblos vecinos como Nochistlán, Juchípila y Jalpa del Estado de Zacatecas, Yahualica, Cañadas, Jalostotitlán, Mexticacán, y tal algunos otros pueblos; también era vecino el señor José Cervantes chico. De esta casa nos fuimos arriba del templo de la Virgen de Guadalupe, casa que hacía esquina con el callejón de “El Beso”, llamado así por lo angosto pues creo que no pasaba de un metro y medio de ancho o tal vez menos; allí los vecinos eran el señor Licenciado y Notario Público Salvador J. Rosales padre de Feliciano Rosales que fue mi condiscípulo, después seminarista y por la década de los cincuenta escritor en el periódico “El Informador” de Guadalajara; pasado el callejón vivía una señora Barbarita

Loera que por las noches vendía cena en la plaza; tenía un hijo llamado Benjamín Ochoa más o menos de nuestra edad y a quien su mamá dejaba siempre encerrado en la casa cuando ella se iba a vender su cena; una ventana de rejas de fierro quedaba abierta y allí nos acercábamos a platicar con Benjamín y divertirnos hasta que se llegaba la hora de dormir; también era vecino el señor Flavio González persona muy conocida por ser el dueño de la muy acreditada cantina “El 20 Negro” que estaba por la calle Ancha esquina delante de la tienda de don Celio Ramírez. –La fiesta de la Virgen de Guadalupe se celebraba el 12 de enero en lugar del 12 de diciembre, siendo esta fiesta a la primera que asistimos a divertirnos con la música y los castillos o fuegos artificiales que quemaban fabricados por el muy afamado cohetero do Santiago Esqueda padre de Macedonio Esqueda que más adelante menciono como cómico. Como la banda de Julio tocaba cada domingo por las noches en la plaza de armas y como todos los músicos eran nuestros conocidos nos llevaban a la plaza y nos subían al kiosco, siendo allí conocimos al ya mencionado Jefe Político don Juan Solares que respetuoso como Militar y como Autoridad se sentaba en el mismo kiosco acompañado siempre del comandante de la Policía y de alguno de sus asistentes. – qué extraño me parecía ver aquellas calles, aquella plaza tan iluminada con luz que le nombraban incandescente y que a las seis de la tarde previos tres avisos que con un silbato muy potente en la misma planta de luz avisaban que se iba a encender dicha luz cuya planta estaba instalada al lado norte de la población ya en la orilla en despoblado donde principiaba o pasa el arroyo de “Jaloco”, siendo ese tiempo el propietario de la planta el señor Celio Ramírez. De desde esta casa que describí nos fuimos a otra frente a la plaza principal o de armas en un ángulo que hacia una pequeña cuadrita y por detrás estaba la Parroquia; allí no teníamos vecinos pues eran casas comerciales o talleres u oficinas ya que contigua estaba una tienda que tenía Alfredo Medina hijo de don Luis Medina que era el recaudador de rentas y que estaba la recaudación casi en la esquina frente a un costado de la Parroquia teniendo dicho don Luis también un hijo de nombre Jorge. Como la finca tenía altos o segundo piso, al frente estaba la Botica o Farmacia “Galeno” del Dr. Emigdio Magdalena; enseguida de la Botica vivía una señora Lucrecia, viuda, rica y que con frecuencia salía de paseo montando un caballo recorriendo algunas calles de la ciudad. Por esos años habían matado a un hijo de dicha señora, de nombre Aureliano Aguilera siendo el matador un señor Elías Padilla quien fue apresado por dicho delito y en una vez que trató de evadirse usando una soga de palma que él mismo había fabricado supuesto que casi todos los presos se dedicaban a trenzar palma, dicho señor hizo esa soga que le serviría para descolgarse al arroyo de la Mina que pasaba por detrás de la cárcel, cuya soga se rompió cayendo al fondo del arroyo y fracturándose una pierna y por lo mismo fue reaprehendido. También se contaba que como la celda que habitaba el reo tenía vista a la plaza de Armas, dicha señora con sus centavos logró que dicha puerta fuera revocada para que el reo no tuviera ninguna vista al exterior. Antes de la casa donde estaba la Recaudación era en la esquina la tienda de los Laris “José y Luis” y la tienda se llamaba “La Gardenia” frente a cuya tienda y abarcando la pequeña manzana, por las noches se hacía allí un comercio muy numeroso de compra-venta de trenza de palma para la elaboración de sombreros; cientos de personas acudían a dicho lugar comprar y vender trenzas y por lo tanto se vendía de preferencia cosas de cena, dulces y otros apetitos, así como también unas gordas de masa muy apetecibles que nombraban las plateadas, rellenas de frijoles y con chile picoso.

De esta casa nos fuimos para el barrio de La Merced por una calle lateral al templo de dicho nombre; endicha casa murió mi abuelo Refugio y si mal no recuerdo de esa misma casa se fue Julio de la ciudad para no volver; no duramos mucho en dicha casa y por lo mismo ni

vecinos recuerdo. Desde la fecha en que se fue Julio nuestra situación económica fue decayendo y nos fuimos limitando a vivir en casas tan humildes que ni siquiera el servicio de una habitación tenían como unos cuartitos que habitábamos a un costado de la Parroquia al poniente para el lado del río y que estaban contiguos a la Plaza de Toros vieja, que así le nombraban porque ya no estaba en servicio.

Nuestra pobreza se fue acentuando porque mi padre y Trino que ya desempeñaba más o menos el oficio de sastre, se venía por temporadas para acá a Mexxicacán a trabajar tal vez buscando mejores sueldos y de aquí mi padre nos mandaba o llevaba algo de lo que ganaba para medio comer y medio vestir, mi madre, yo José y Melchor. –No recuerdo si a finales del año de 1909 o principio del de 1910 hubo escases de cosechas debido a la falta de lluvias y por lo mismo muy fatales consecuencias para nosotros que de seguro no nos alcanzaba lo que mi padre daba para vivir y muchas veces mi madre nos daba un centavo cuando nos íbamos yo y José a la Escuela para que por el camino compráramos algo para desayunar y nosotros en lugar de comprar gorditas de Mascua, (daban dos por un centavo) que eran de masa y de muy buen sabor, o comprar el centavo de camotes, de calabaza o de cualquier otro alimento propio para el desayuno, al pasar por el hoy Mercado el cual en ese tiempo solo por la calle Ancha había unas pequeñas bardas de ladrillo de poca altura y que servían a manera de mostrador, llegábamos con un señor de nombre Santiago y comprábamos un piloncillo de dulce prieto, piloncillo grande que dicho señor daba a centavo, pero creo poco nos alimentaba dicho almuerzo. –Al medio día que salíamos de la Escuela, que llegábamos a casa con el fin de comer, muchas veces la pobre de mi madre no tenía que darnos y así nos regresábamos otra vez a la Escuela por la tarde o bien alguna vez comiéndonos una o dos tortillas duras o alguna gordita que nos hacía de salvado que es el último producto de la elaboración o molida del trigo para hacer la harina y cuyas gorditas casi no se juntaban o no se juntaba la masa entre sí para coserlas en el comal debido a lo burdo del producto que más bien parecía una basura. Aquellas tortillas duras que muchas veces comíamos era que mi madre y Melchor iban con mi tía Isabel Sandoval y como dicha señora era más o menos acomodada de bienes, le daba a mi madre comida sobrante incluyendo tortillas, todo lo cual nosotros aprovechábamos con mucho apetito. Mi madre tenía en ese tiempo cinco primos que vivían allí en Teocaltiche, todos hermanos entre si y eran Filomeno, Crispiniano, Ma. Isabel, Apolonia y Ma. Melchor todos de apellido Sandoval e hijos del señor Florentino Sandoval, hermano de mi abuelo Refugio, pero como mi tía Isabel era la más acomodada económicamente, a ella acudía mi madre en calidad de limosnera, y como de seguro dicha señora era caritativa, le daba lo sobrante de las comidas. Esta señora estaba casada con don Cesáreo Ramírez dedicado a la curtiduría de pieles, su domicilio era en la Alameda a la orilla del río; tenía varios hijos entre los que recuerdo a J. Jesús que al transcurso de los años fue dueño de la tienda comercial “El Moro”, Josefa casada con Manuel Chávez comerciante que muchas años vivieron en Yahualica hasta su muerte, así como otra hija que también vivía por el rumbo de Canallesco rancho del municipio de Yahualica y estaba casada con un apellidado Mayoral.

Mi instrucción escolar en Teocaltiche fue como sigue: -El primer año y el segundo los estudié en la escuela en la Escuela Nacional que así se llamaba a la Oficial y que estaba establecida por la calle Ancha en el lugar que después fue la casa del Agrarista o Casa del Campesino; el director de dicho plantel se llamaba Cornelio Mendoza y mis maestros en dicha escuela fueron en primer año la señorita Ma. Dolores Rosas y en segundo la señorita

Ma. Refugio González; los años tercero y cuarto los cursé en el colegio de los Dolores que fue inaugurado o establecido tal vez principios del año de 1908 siendo director el muy sabio Sacerdote Aniceto Carrillo; allí mis maestras fueron en tercer año la señorita María Quezada y en cuarto año la señorita Gumersinda Villaseñor de quien me permito hacer la siguiente reseña; hija de una ancianita ya casi imposibilitada tanto por su edad como por alguna enfermedad reumática no podía andar y solo caminar un poco ayudada por su hija y cuyo nombre se me fue de momento de mi memoria; vivían por la calle Ancha casi enfrente de la Escuela Nacional y califico a la dicha señorita como una virtuosísima dama; católica, devota, sumamente honesta en su hablar y en su vestir siendo un conjunto de virtudes en toda su persona. Esta honorable mujer jamás olvidada por mí, tal vez viendo mi pobreza reflejada en todos sus aspectos al grado que hasta la vista me estaba haciendo perder debido de seguro a mi mala alimentación y a mis muchos estudios, me llamó para que me fuera a su casa en calidad de mandadero y a la vez para darme de comer que tanto necesitaba, principiando por darme todos los días como desayuno un centavo de hígado de res que yo mismo iba a comprar y el cual me ordenaba que lo azara en las brasas de carbón que era el combustible que en ese tiempo usaban las gentes más acomodadas; ese pedazo de hígado y una o dos tortillas era mi desayuno y a la vez medicina para curarme de mi muy debilitada vista que ya por las noches no me ayudaba para caminar por los lugares poco oscuros; poco a poco fui mejorando de mi mal y en algunos meses recobré totalmente mi vista. Toda la semana me la pasaba en la casa de la señorita inclusive allí dormía, y los sábados por la tarde me daba un jabón y unos cuantos centavos para que fuera a mi casa a que me lavaran mi ropa; esa noche allí dormía en mi casa y el domingo por la tarde me regresaba con mi bienhechora, ya cambiado de ropa y listo para seguir mi tratamiento curativo de la vista, de mis ocupaciones domésticas como barrer piezas, calle y hacer mandados de distintos artículos, siendo lo de la barrida solo en calidad de ayudante de la sirvienta que tenía como cocinera. En la cuaresma del año de 1910 todos los días después de comer íbamos al Templo del Santuario el cual quedaba a espaldas de la casa en que vivíamos, a rezar el Viacrucis siendo yo el encargado de leerlo, pues de sobra sabía ella mi aptitud para dicha lectura diaria al grado de que a los poquitos días, yo como buen memorista no necesitaba del libro y todo iba diciendo correctamente de lo cual ella se daba perfecta cuenta sin corregirme ni alabarme por mi buena memoria. Termino el año escolar de 1910 pero fue hasta en el mes de agosto cuando se verificaron los Actos Públicos escolares que en esas fechas se acostumbraban y en cuyos actos deberían participar lo más granado del grupo. Pasados aquellos Actos Públicos se dio por terminado el año escolar y a la vez di por terminados mis servicios domésticos en la casa de la señorita Gumersinda Villaseñor, no volviendo a saber nunca más nada de tan fina y benéfica persona para mí. Ahora solo agregaré que dicha señorita se encargaba en el Colegio de atender los grupos de cuarto, quinto y sexto años, aclarando que quinto y sexto se estudiaban en un solo año. También citaré algunos pocos de mis condiscípulos siendo ellos Martiniano Mercado que él se hacía llamar “Martiniano”, Zacarías Organista que por los años 40 fue Diputado Local, Antonio Chávez hijo de Pedro Chávez y este hermano de don Cecilio Chávez que fue el que hizo la Plaza de Toros estrenada en el año de 1905 y según decían costeadada por las señoritas Cornejo Mejía (Ana María y Ma. Refugio). Antonio Chávez como alumno no fue muy aventajado o tal vez un poco flojo, pues a veces me daba dos o tres centavos por que le pasara o asentara en su cuaderno los resúmenes de nuestras tareas escolares; en ese año de 1910 estaban en quinto y sexto años Tiburcio Núñez, Felipe Organista hermano de Zacarías y otros varios conocidos así como Nicolás Sandoval quien después de muchos años, ya estando yo en Mexxicacán y él trabajado en Secretario en el Juzgado de Primera Instancia de

dicha ciudad como Secretario en el Juzgado Menor, decente lugar, me escribió algunas veces para tratarme asuntos judiciales según cartas que aún conservo y en las cuales siempre me trataba de primo, parentesco que efectivamente llevábamos, pero que antes cuando estábamos en el Colegio nunca reconoció y ni siquiera me hablaba tomando en cuenta que pertenecíamos a dos clases distintas, la alta y la baja sociedad.

Me falta anotar que cuando nosotros llegamos a Teocaltiche, en la misma casa en que vivía Julio también vivía la señora Rafaela y su hijo mayor de edad de Ignacio Quintero, ambos parece que eran originarios de Jalpa, Zacatecas, ella se encargaba de hacerle casa a Julio y Nacho tocaba en la banda de música y en la típica y también en la sastrería. - Cuando vivamos en la casa junto al callejón del Beso, Julio nos puso a estudiar solfeo a Trino y a mí, aparte de que Trino ya estaba de cómo aprendiz de sastre; no recuerdo cuantas lecciones aprenderíamos del método de solfeo de Hilarión Eslava, pero a poco nos indujo a tocar mandolina y cuando algo aprendimos en este instrumento nos instó al canto y logramos tocar y cantar loa golondrinas de Adolfo Bequer, oficio o arte que no seguimos porque al fin Julio se fue y nos dejó para siempre.

Creo en la entonación en la voz no andaba muy mal y por lo mismo la señorita Villaseñor me hizo formar parte del grupo coral que había para cantos escolares, aparte de que todos los alumnos de cuarto año, que al sonar el timbre anunciando el principio de clases por la mañana, entonábamos un canto que a la letra decía: “Vamos a la escuela, vamos sin tardar, que la escuela es centro de felicidad; si alguno a la escuela deja de asistir, falta a sus deberes y será infeliz”. Y después de este canto llegaba algún alumno retrasado, automáticamente nos poníamos todos de a pie y a coro le cantábamos: “El que es perezoso triste vivirá, mas, será dichoso si madrugará”. También me incluyeron en un grupo coral de la Parroquia en cuyo templo era cantor el señor Leovigildo Figueroa y un hijo de dicho señor de nombre Gonzalo también era organista y con dicho joven, los del grupo íbamos a cantar a los Templos en los meses de mayo y junio dedicados a la Virgen María y al Corazón de Jesús respectivamente. También en los exámenes y en los Actos Públicos representábamos pequeñas comedias o sainetes cantados y como recuerdo escribo el que sigue: Como también dicha obra era un grupo de escolares con su maestro, el maestro decía:” Atentos pues, las manos sobre el banco, arriba el cartapacio, que es llave de saber el cartelón, que el ministro inventó de la instrucción” –Los cinco o seis alumnos que formábamos el grupo de dicha comedia o sainete decíamos cantando: “Ba, ve, vi, va, vi, va, bien así”, después de repetir esto, el maestro decía en son de enojo: “No, no os importa mi trabajo y mi sudor, no os importa desdichados ni mi fama ni vuestro honor”. El coro: “Ya sudando estamos todos, es difícil la lección”. El maestro: “Es difícil la lección de mi fama y vuestro honor”. El maestro a uno de los alumnos: “Mario, tu siempre me estorbas con tus plumas y cartillas” –El alumno Mario: “No soy yo, es Andresito que está haciéndome cosquillas”. –El maestro dirigiéndose a otro de los alumnos: “Y tu Juan me darás cuenta de esa fruta que has robado”. El alumno Juan: “No es verdad, pues me la dieron, de robarla ni he pensado”. El coro: “A no ha pensado, no ha pensado de robar”. El maestro a otro alumno: “Tu Ramón ese juguete pronto tráelo acá”. El alumno Ramón: “Se lo llevo a mi hermanito, el pobrecito llorará”. El coro: “A pobrecito, su hermanito llorará”. El maestro: “Más pronto acabemos, a todos tontos estad o a todos temblad y llorar os haré”. El coro: “Perdona maestro, verás un portento, cual grupo mansito queremos estar”. El maestro: “Llorar os hare”. Los Alumnos: “Queremos estar”. El maestro: “Voy a llenar mi tabaquera y vuelvo, silencio, silencio”. El grupo ya que sale el

maestro: “Ha salido, ha salido, ha salido podemos jugar”. Uno del grupo: “oigan todo un lindo cuentecito que mi abuela una tarde narraba, que había un gato que fiero mataba los ratones con mucha crueldad; salió un día el tal gato a la puerta y se fue a dar un paseo a la huerta, y de ratones la negra familia salió afuera aquí y a cuyá”. El coro: Lara lero, lara alero lara lero laralá”, (lo anterior repetido). Uno del coro: “A cuál juego jugaremos para matar estas dos horas”. Uno del coro: “¿Quieren jugar al trompo?”. El coro: “No porque es harto y ruidoso”. Uno del coro: “Jugaremos a los cofres”. El coro: “No nos agarra el profesor”. Otro del coro: “Toquemos pues la diana”. El coro: “Si si, si si, si si, lerola, larerolerolala, la, la, la, larerolerolala, uno dos, uno dos, uno dos, uno dos”. El maestro que llega: “Picarones, picarones de salvado, todo he visto y todo he oído, uno a uno, uno a uno a garrotazos quiero verlos arrepentidos y unos veinte o treinta días de rodillas estaréis”. El coro: “Oh maestro perdonad”. El maestro: “No”. El coro: “A perdona maestro amado, si lo hicimos, no de intento”. El maestro: “Calla, calla desdichado mira bien este instrumento”; y enseña la batuta en lo alto. En ese momento uno del grupo le cuelga en el levitón por detrás una muerte de papel. El coro: “Leeremos cartelones, nos haremos doctorones”. El maestro: “No me apiadan ni me conmueven, miren bien este instrumento”; levantando otra vez la batuta. El coro repite lo de leeremos cartelones, etc. Y entonces el maestro dice: “Ya mi alma conmovida, resistir no podrá”. El coro: “Oh maestro perdonad”. El Maestro: “Sí”. El coro: “Viva pues nuestro noble maestro que cual padre concede el perdón, sí, vivan todos sus hijos queridos que estarán siempre a ti agradecidos y que cual padre concedes el perdón, repitamos la misma lección: lalalero, laralero, larerolarala laralerolarala, laralala, oh maestro perdonad no repitas la lección, ya verás ya verás nuestra atención, oh maestro perdonad no repitas la lección ya verás nuestra atención, nuestro empeño y seriedad”. Así finaliza dicho canto.

Cuando llegamos a Teocaltiche conocí a los comerciantes don Celio Ramírez grande, persona mayor entiendo que pasaba de los noventa años y era el dueño de la tienda “Correo del comercio” anexo a lo que ahora es el “Hotel Jalisco” y que ese tiempo era la casa habitación de don Celio quien ya por su edad no podía caminar solo y entre dos sirvientes cada uno de un brazo lo llevaban lentamente caminando hasta la plaza de Armas que distaba solo media cuadra, allí en una banca le ponían un asiento de hule inflado a manera de cámara de vehículo para que se sentara, y cuyo paseo le daban como ejercicio. Don Celio Ramírez chico o sea hijo del anterior cambió la planta de luz a la esquina de la calle que da a la salida de Aguascalientes o más bien que daba entonces a la salida; don Longinos González que ya mencione como dueño de “Las Fabricas de Francia” poco asistía en Teocaltiche, pues según contaban la mayor parte del tiempo la pasaba en las ciudades de Gómez Palacio y Ciudad Lerdo en el Estado de Durango, pues también según platicas era casi el dueño de las casa de dichos lugres; don Jesús Cervantes dueño de la gran tienda de ropa “El Moro” comercio muy afamado en ese tiempo; don José Cervantes dueño de la gran tienda de ropa “La sin caridad”; don Zacarías Organista, don Jesús Ramírez y la tienda “La Constancia” muy buenos comercios frente al mercado; las cantinas “El 20 Negro” que ya mencione y “La Concordia” de don Marcial Sánchez y otras varias tiendas tanto de ropa y abarrotes como de puros abarrotes. Poe esas fechas llegaron a Teocaltiche los franceses Esteban Berard y Ángel Chardola quienes construyeron la gran tienda de ropa “La Ciudad de México” frente a la tienda de don Celio.

El comercio del mercado por las mañanas era concurridísimo por amas de casa y sirvientas, y toda clase de gente que concurría a comprar el mandado del día; abarcaba una distancia

desde la tienda la “La Sinceridad” por la calle Ancha hasta poco más debajo de la casa de las señoritas Cornejo y Mejía; allí se encontraban toda clase de mercancías para la vida diaria; muchas mujeres y hombres vendiendo flores en ramos en distintas variedades predominando las amapolas rojas, las violetas y muchas otras clases de flores; en el ramo de alimentos también muchas mujeres vendiendo gorditas de Mascua, mucho pan, mucha leche, atoles de maíz, camotes cosidos, calabazas tatemadas en mucha cantidad; toda clase de frutas, legumbres distintas, lechugas, rábanos, zanahorias; fritangas de tripas. Pepenas, chicharrones, carnitas de puerco, gordas de masa cosidas en manteca; por las noches también se hacía concurrido el comercio pues mucha gente acostumbraba cenar fuera de su casa y parece que el camote cosido o tatemado se vendía más por la noche que por las mañanas, sin faltar mesas con pollo, enchiladas, tostadas, pozole, birria y muchas otras cosas más como leche, pan y sin faltar las famosas semitas de granillo(sabrosas para los pobres) que su elaborador don Fermín vendía frente a la “ciudad de México” y que dicho señor pregonaba diciendo “llévenlas que tienen miel de mono” y que la muchachería las llamaba “horaca perros”; por la misma calle Ancha se ponían por las noches los famosos tocineros los Díaz especialistas en freír carnitas de puerco; colocaban un tripié de masera y un ladrillo grande encima y allí colocaban rajas de ocote que ardían de continuo siendo esto lo que utilizaban como alumbrado para expender su mercancía.

Una casualidad nos hizo a un discípulo y a mí robarnos una peseta (25 centavos de palta); caminábamos por la acera de enfrente a la casa de don Longinos González, cuando a un señor que caminaba por la banqueta de dicha casa llevando un pañuelo una buena cantidad de dinero en monedas de varias denominaciones, se rompió el pañuelo y las monedas naturalmente rodaron por la calle llegando hasta donde nosotros estábamos, una peseta, la que con toda muestra buena y mala intención pisamos para que no la viera el señor, y una vez que él se retiró, recogíamos la moneda que gastamos no en un rato sino en varios días pues era mucho el dinero y comprando distintos apetitos o alimentos en que predominaron las galletas corrientes que tan sabrosamente comíamos.

Tengo en mi poder un libretito escrito por el señor Dr. Pedro Sánchez Flores originario de Teocaltiche y cuyo libro se titula “Teocaltiche su IV Centenario” publicado el 8 de octubre de 1950 y veo con gusto que dicho señor Dr. Menciona al padre Aniceto Carrillo Director del Colegio de los Dolores, como presunto inventor de un aeroplano, pues me consta haber visto cuando estuve en dicho Colegio los materiales que tenía dicho sacerdote para la construcción de dicho aparato sin saber si llevaría a cabo su pretensión. Tal vez por un error de imprenta u otros motivos, veo en dicho libro algunas fechas que no concuerdan con lo que vi; don Maximino Mejía por los años del 8 o el nueve ya estaba completamente sin vista pues su hijo Luis lo guiaba hasta el kiosco de la plaza de Armas para dirigiera la efectivamente muy famosa orquesta; también por las mismas fechas conocí los automóviles, pues según se supo fueron unos japoneses que llegaron de Aguascalientes o de Encarnación de Díaz tripulando dichos vehículos; para el año de 1910 ya Gonzalo Jiménez tenía su primer automóvil y con cuyo vehículo varios muchachos jugábamos carreras en la Alameda, ya que su velocidad era muy limitada; el servicio telegráfico si mal no recuerdo fue inaugurado en el año de 1906 supuesto que recuerdo que cuando vivíamos por la salida de Aguascalientes andaban colocando los postes. Durante los dos años que yo estuve en el Colegio de los Dolores no trabajó la señorita Silviana Campos pues dicha familia era muy conocida en nuestra casa mayormente que dicha señorita era madrina de Melchor mi hermana y su familia

la componían Lola, Tula, un chamaco de nombre Juan y Pablo éste de oficio zapatero y que estuvo viviendo algunos años aquí en Mexxicacán y yo y Melchor lo apadrinamos cuando se casó aquí mismo; eran originarios de San Juan de los Lagos “quince pesos nada menos, porque es de la Virgen y no podemos” (decía Pablo que así les decía a los de San Juan por que cobraban muy caro el dormitorio de peregrinos que dormían en dicho lugar); también tenía un hermano sacerdote que esos años era familiar del Obispo de Tepic, Nay. Por esos años había en la ciudad cuatro doctores en medicina eran Emigdio Magdaleno, Miguel Ponce, Alfonzo Sánchez González y el Dr. Villalobos de quien no recuerdo el nombre. De abogados solo recuerdo al Lic. Salvador J. Rosales que ya mencioné y el Lic. Alba. No sé cuántos años estaría Julio el frente de la Banda de música como Director y creo que fue a fines de mil novecientos ocho o a principios del nueve, no recordando quien sería la personas que lo remplazó en dicho cargo, no quiero olvidar estos últimos detalle o sean la tienda de don Mateo Leal que estaba frente a la plaza de Armas y cuyo comercio se llamaba “La Balanza Mercantil”; también “el fresno llorón” que había en la huerta de don Cirilo al otro lado del río y que algunos muchachos íbamos a tirarle pedradas a la corteza y empezaba a gotear agua.

Por esos años en que vivíamos en Teocaltiche, varios loceros de aquí iban todos los sábados a vender su loza consistentemente en cantaros, ollas, cazuelas, platos, y jarros que vendían en la plazuela del Santuario que era donde se hacia el comercio de loza y de otros varios objetos pero predominando la loza de barro; estos alfareros se iban los sábados y si vendían o entregaban luego su mercancía se venían o regresaban el domingo, pero si no la entregaban, el domingo se ponían a menudearla es dicha plaza y se regresaban hasta el lunes; como estos viajes eran regulares y seguros supuesto que los hacían en burros; mi padre y Trino cuando ya Julio se había ido de Teocaltiche, ellos se venían para acá aprovechando la compañía de los loceros y al mismo tiempo un burro para que montara Trino pues mi padre fue siempre enemigo de subir en dichos animales y solo buscaba la compañía; ellos aquí duraban semanas o meses trabajando y mi padre que con frecuencia iba a llevarnos como ya lo indique en otro lugar, algo para nuestro sustento, se iba y se venía junto con dichos señores; como José y yo estábamos en la escuela seguro esperaba mi padre que termináramos el año escolar para traernos a todos para acá como así sucedió.

### **A tu tierra grulla**

El día quince de agosto del año de mil novecientos diez, nos venimos para Mexxicacán (día de mi santo) y ese mismo día cantó su primera misa el padre don Severo Jiménez originario del rancho de Capellanía de este Municipio y cuya misa la cantó en el rancho Ostotán, el Municipio de Teocaltiche, de cuyo acto.....